

»DECISIÓN.

«Te queda un recurso: trata de despreciar esa inclinación, y haz entonces con repugnancia lo que te manda el deber».

Pero por ahito de abstracción que se esté, no pueden menos de entrecerse un poco los hechos entre la niebla metafísica, y, según declaración del mismo Kant, ese desprendimiento absoluto que nos predica no es de este mundo, lo que le apena en gran manera: «De hecho—dice—es absolutamente imposible establecer con perfecta certidumbre un solo caso en que la máxima de una acción, conforme con el deber, no haya tenido otra base que principios morales y la representación del deber... Por todas partes se encuentra el yo en vez del precepto estricto del deber».

Tal es la oración fúnebre del famoso imperativo categórico; porque la ley *a priori* del deber se desvanece si nadie la atiende.

He ahí adonde va a parar fatalmente la «metafísica de la moral», con su concepción simplista y puramente racional de la vida.

¡Cuánto más elevado, más noble y más prácticamente humano era la viviente sabiduría de un Vauvenargues!

Vauvenargues, que parece encarnar, sintetizar y simbolizar las cualidades de equilibrio y de vida del pensamiento filosófico francés, realista, humano y militante del siglo XVIII, nos trae precisamente lo que había de faltar a Kant, el culto y el estudio del corazón y de la pasión, y como consecuencia, una moral *viviente*, fuera de todo aparato metafísico, originada en el manantial mismo de la vida, fecunda, eficaz, práctica y radiante como la misma vida.

Tal fué la grandeza de la filosofía francesa en aquella grande época. Lo que constituyó la superioridad de ese resurgimiento del pensamiento y de la razón, que tiene tantos puntos de contacto con una simple vuelta al pensamiento estoico después del eclipse

católico-cristiano, es que la pasión vivificante y tonificante tuvo en él su lugar legítimo. Lo que causó la debilidad y la impotencia final del estoicismo fué aquel ideal de impasibilidad y de apatía que le alejaba de la acción eficaz y fecunda donde está la salvación y la victoria.

El siglo XVIII francés tuvo como sostén de su razón la llama tónica de la pasión. Con Vauvenargues había hecho un lugar al corazón y a todas las virtudes de ese foco y de ese resorte del alma, a la sensibilidad, a la ternura y a la pasión humanas.

Ello es que el progreso, en último análisis, consiste ante todo en el desarrollo de la sensibilidad y de la intensidad de vida en una delicadeza y una vivacidad crecientes.

El desarrollo y el afinamiento de la sensibilidad, es en el fondo el alma y la base de todos los demás progresos. El mismo desarrollo de la inteligencia, que tanta inclinación hay a oponerle en nuestra época secamente intelectualista y racionalista, no es más que un aspecto de ese progreso, porque la misma inteligencia no es sino una forma superior procedente de la sensibilidad en la que se halla arraigada. Y la razón, como la voluntad que de ella depende, ¿no procede original y fisiológicamente, para el no metafísico, del impulso, según la palabra profunda de Ovidio: «*Et quoa nunc ratio est impetus ante fuit?*» Y lo que es ahora la razón, ¿fué antes impulsión?

Desarrollo de la sensibilidad, desarrollo, por la memoria acumuladora, de la potencia, de la fuerza de vida, del potencial enérgico y de la actividad, *soltura creciente de la vida*; tal es el progreso terrestre, biológico y social.

Y si en una última ojeada sintética abarcamos el conjunto de los estados morales, de los estados sucesivos de evolución del alma humana que hemos estudiado, veremos, en efecto, a la humanidad desprenderse poco a poco, reforzándose, de la pasividad